

La desigualdad en América Latina:
nuevas miradas sobre un viejo
problema

Desigualdades persistentes en América Latina: historia y cultura*

PAUL GOOTENBERG**

Resumen

Este artículo reflexiona sobre la persistencia de enormes disparidades sociales y económicas en América Latina en distintas épocas, con diversos modelos de desarrollo y bajo diferentes regímenes políticos. Esto hace necesario el estudio de la desigualdad como una variable relevante y distintiva de la región. Destaca los planteamientos que se han hecho sobre la desigualdad latinoamericana desde diversas disciplinas y aboga por darle mayor relevancia a las interpretaciones que pueden darse desde el campo de las humanidades, en particular desde la historia, la antropología, la literatura y los estudios culturales, es decir, invita a ir más allá de las explicaciones económicas y sociológicas que durante mucho tiempo predominaron.

Palabras clave: historia económica, América Latina, desigualdad, estudios culturales.

Abstract

This essay attempts to paint, in very broad strokes, Latin American inequalities onto a larger global canvas of politics and scholarship. Latin America's persistent inequalities in different historic periods, under distinct political regimes, and with various development models underscore the need for a newer and sustained cultural and historical analysis, one to complement the largely social and structural-reformist analytics frames of the past. This essay's invitation is to go beyond economic and sociological explanations that have prevailed for a long time. It pleads for a different perspective from that given in particular by history, anthropology, literature and cultural studies.

Key words: economic history, Latin America, inequality, cultural studies.

El presente ensayo intenta esbozar, a grandes trazos, las desigualdades que afectan a América Latina, sobre un lienzo demarcado por la política y el conocimiento académico. La persistencia de dichas desigualdades subraya la necesidad de emprender un análisis, nuevo y sostenido, de la historia y la cultura, para así complementar los antiguos marcos teóricos, mayormente basados sobre premisas sociales y de reforma estructural.

En cuanto al estudio global de las desigualdades, América Latina aparece como una región crucial. *Sin ser la región más pobre ni la más dividida del mundo en lo atinente a sus culturas, es la que presenta las mayores desigualdades.* De acuerdo con los indicadores sociales estándares (coeficientes Gini de medición transversal), América Latina sufre de desigualdades mucho mayores que Asia, África y el Occidente posindustrial (IDB, 1999). Estas mediciones surgen del cálculo diferencial aplicado a los salarios, aunque pierden de vista otros factores importantes (los bienes o la estabilidad laboral, por ejemplo) que restringen aún más las estructuras de oportunidad en la región.

* Artículo recibido el 06/09/04 y aceptado el 03/11/04. Traducción de Marta Merajver Castillo.

** State University of New York, Stony Brook. Correo electrónico: p.gootenberg@worldnet.att.net

De manera muy señalada, la población latinoamericana vive y observa cada día estas disparidades, expresadas en el modo en que hace política, construye espacios urbanos, trabaja la tierra, integra movimientos sociales nuevos y antiguos, es víctima del crimen y del estrés ambiental, y accede a los recursos educativos, nutricionales, legales, culturales, a las prestaciones de salud y a los medios de información. El problema no se reduce a la “desenfrenada” pobreza que azota la región: a mediados de la década de los años noventa, alrededor de 200 millones de personas, lo que equivale como mínimo a 40% del total de la población, se encontraba en situación de miseria. La otra parte del problema, ignorada por conveniencia, se relaciona con la existencia protegida de la clase alta, extraordinariamente acaudalada. El 5% más pudiente de la población acapara la cuarta parte del ingreso total, colocando a algunas naciones, como Brasil y Guatemala, entre los lugares con mayores desigualdades en el mundo entero (IDB, 1999; Korzeniewicz y Smith, 2000). Son pocas las excepciones que rompen con el típico modelo latinoamericano. Uruguay, Costa Rica y Trinidad son los únicos países cuyas sociedades se mantienen en un rango razonable de igualdad. En tiempos recientes, economías relativamente desarrolladas, como las de Argentina y Colombia, han aumentado de manera brusca la desigualdad social, echando leña a explosivos conflictos sociales y abonando el terreno en favor de crisis de gobernabilidad. Inclusive Cuba, luego de los revolucionarios programas redistributivos implantados después de 1959, a lo largo de la década pasada, a causa de la dolarización, ha sufrido nuevas desigualdades, que ocasionan formas inéditas de discriminación racial y de género. Queda claro que, en América Latina, las desigualdades no son sólo una cuestión de subdesarrollo, pobreza o malas políticas, sino de algo más profundo.

Desde los orígenes mismos del colonialismo europeo, América Latina ha sido la región con las más agudas disparidades –la verdadera “tierra de los contrastes” eternos, de privilegios y miseria–. La evidencia histórica tiene visos más impresionistas, aunque hace ya largo tiempo que los historiadores han comprendido el cuadro en su conjunto. La segregación por castas generada a partir de la Conquista (en América Central y en la zona andina) y la esclavitud importada del África (en Brasil y en el Caribe) se endurecieron a través de siglos de colonialismo. En el siglo XIX, con el surgimiento de dos docenas de repúblicas independientes y del capita-

lismo liberal exportador, las desigualdades existentes se transformaron en diferencias de clase, de cultura, y de ciudadanía, pero adquirieron renovado impulso (Burns, 1993; Thurner, 1997). La modernización que llegó de la mano del siglo XX (urbanización, cultura de masas, industrialismo), los movimientos activos en pro de la liberación (reforma agraria, movimientos populistas, democráticos o revolucionarios) y, más recientemente, la globalización y el neoliberalismo, no han contribuido gran cosa a cambiar la inequidad histórica de América Latina, a pesar de las grandes esperanzas depositadas en las ideas y programas antedichos (cf. Eckstein, 1977-88). En realidad, en el transcurso de las décadas de 1980 y 1990, en la región se profundizaron las brechas sociales durante la llamada *década perdida* del desarrollo, sin que se vislumbraran señales de mejoría a comienzos del siglo XXI. La desigualdad de América Latina es un paradigma inquietante de la capacidad de adaptación que distingue a los sistemas sociales opresivos y disfuncionales.

La palabra clave –*desigualdades persistentes*– proviene de un libro que, bajo tal título, publicara el gran maestro de la sociología Charles Tilly (1998). Tilly lanza el guante tanto a académicos como a ciudadanos, desafiándolos a enfrentar la importancia de las inequidades que aquejan a las sociedades modernas: las *desigualdades categoriales*, conformadas por procesos de interrelación, construcción de límites y vínculos sociales elásticos. La desigualdad posee un *despliegue desconcertante* de dimensiones concretas: bienes, ingreso y oportunidad, género, raza, edad, región y etnicidad. Individuos, grupos y naciones se encuentran atravesados por las jerarquías del poder, la educación, la tecnología, el lenguaje, la cultura, el honor, las creencias y la influencia con mayor intensidad que en cualquier otro periodo histórico. Tilly forma parte de un nuevo movimiento metodológico que, recurriendo a prácticas flexibles, se propone rescatar el rol sutil desempeñado por lo social dentro del análisis histórico-cultural, en contraste con el individualismo metodológico de la corriente predominante en las ciencias sociales dentro de los Estados Unidos y con el giro cultural adoptado por algunas de sus variantes.¹ Sin embargo, Tilly, cuyo enfoque pone el énfasis en las estructuras relacionales, tiende a minimizar las dimensiones culturales, históricas y globales de la desigualdad.

Las desigualdades son demasiado importantes como para dejarlas sólo en manos de los especialistas en las ciencias sociales “duras”, con su voracidad por recopilar

¹ En relación con esta naciente postura crítica, en términos más amplios, véase Douglas y Ney 1998; Bourdieu y Wacquant, 1992; Wolf, 1999; Jacobs, 2000.

información estadística y construir modelos matemáticos. No obstante, aún desde la acera opuesta, tampoco es posible hacer que las inequidades se desvanezcan en el aire al conjurar el discurso crítico o la imaginación posmoderna, por útiles que éstos se hayan tornado para la comprensión de la *pobreza* o la del *desarrollo* (Escobar, 1995). En términos histórico-culturales, el abordaje de las desigualdades persistentes abre un camino para desnudar las principales características compartidas por determinados grupos humanos, veladas por efímeras fisuras que atañen a la discriminación o a la diferencia basadas en la raza, clase social o género; pero que, en ocasiones, se manifiestan como rasgos esenciales. Se trata también de avanzar más allá del particularismo no analítico propio de la *política de identidad* académica (Brubaker y Cooper, 2000), y de su correlativa política “étnica” de reciente aparición en las Américas. Si los estudios culturales inspirados por Foucault aumentan la conciencia acerca de que existen realidades construidas cargadas de poder, es factible combinar todas estas percepciones para investigar las razones por las cuales las desigualdades no cesan de impregnar las grandes construcciones sociales, culturales y políticas. No existe un paradigma exclusivo ni una agenda única de investigación; las desigualdades persistentes son capaces de interrogar e interpretar los modos en los cuales, históricamente, distintas sociedades y culturas han reproducido (y tolerado, ignorado, impugnado, alterado) inequidades que han tomado formas diversas para asegurar su permanencia durante su largo recorrido. El análisis de las desigualdades persistentes es parte constitutiva del campo de estudios sobre América Latina, el Caribe y los latinos en los Estados Unidos.

La desigualdad atañe al mundo entero. En tanto el siglo xx estuvo signado por luchas acerca de cuestiones fundamentales como la *línea del color* (la raza, el colonialismo) o entre capitalismo y socialismo, el nuevo siglo bien puede definirse por los conflictos globales acerca de la desigualdad. En aquellas organizaciones internacionales a las cuales preocupa el tema, como ocurre en el caso del Banco Interamericano de Desarrollo (Iglesias, 1992; IDB, 1999; Stiglitz 2002) o del Banco Mundial (en este caso, con algún sentimiento de culpa), los expertos en ciencias sociales, economía y pensadores de la cuestión pública con visión de futuro están comenzando a delinear el nuevo perfil de este dilema global. Las desigualdades no se esfuman al compás de la “globalización” del siglo xxi. Por el contrario, la mayoría de los observadores predicen considerables disparidades que acompañarán a los procesos globales de cambio, los cuales suelen abaratar los costos de la mano de obra al tiempo que favorecen la

alta tecnología y los estratos capitalizados y educados. Resulta significativo que, a diferencia del humanismo y del liberalismo de los siglos xviii y xix, el actual movimiento histórico denominado *globalización* apenas si intenta buscar legitimidad mediante la reivindicación de una igualdad universal. Al no hacerlo, despierta una fuerte reacción intelectual y ética. Esta fragmentación global y quienes la justifican no han escapado a la atención de respetados analistas del campo socio-cultural (Appadurai, 1996; Harvey, 1989; Jameson 1991), cuya interpretación de la situación global posmoderna se inclina a verla bajo la lente de inequidades intensificadas y caleidoscópicas.

Otro de los factores en juego es el abrupto ascenso de la desigualdad (sumada a la creciente aceptación del fenómeno) que se observa en Estados Unidos, país que ya ha alcanzado la posición más desigual entre las sociedades posindustriales. En lo que a partir de la década de 1980 se ha dado en llamar la *nueva economía*, 47% del ingreso por concepto de ganancias se acumuló en las manos de 1% de las familias que ocupan el escalón más alto (Wolff, 1995/2001; Stille, 2001). Como consecuencia del desgaste de la clase obrera tradicional, hoy la distribución de la riqueza en Estados Unidos se acerca a los perfiles latinoamericanos, pues la categoría social superior (5% de la población) acapara casi la mitad del total de la riqueza nacional. En aras de una mayor libertad del comercio hemisférico (Tratado de Libre Comercio, TLC; Área de Libre Comercio de las Américas, ALCA), y del arribo de una nueva generación de trabajadores inmigrantes no calificados –principalmente, refugiados de las desigualdades de América Latina y el Caribe– que conforman nuevas clases de desigualdades categoriales, este viraje fue acompañado por el abandono de políticas de bienestar social ganadas a pulso. *Las ciudades globales* norteamericanas (Sassen, 1991) ahora despliegan situaciones extremas propias del “tercer mundo”: falta de hogar, hambre, venta ambulante, resurgimiento de enfermedades causadas por la pobreza y terrorismo potencial. Es posible que, ahora, la experiencia latinoamericana en lidiar con desigualdades tan severas tenga mucho que decirles a los estadounidenses, y también acerca de la creciente red de articulaciones que existe entre ellas.

Por último, hay movimientos académicos y del mundo real que atacan las desigualdades, motivados por el reconocimiento de que no todas las jerarquías se basan exclusivamente en lo material; existe una creciente preocupación acerca de cuestiones de género, orientación sexual, naturaleza, autonomía indígena y cultural, derechos humanos. No nos referimos sólo a los “nuevos” movimientos sociales de América Latina, de los que tanto se ha hecho alarde (Álvarez y Escobar,

1992), ni a las abigarradas fuerzas “antiglobalización” del mundo desarrollado, que se han llamado a silencio después del 11 de septiembre. Las voces son múltiples, y se expresan mediante la discusión posmarxista, arraigada en los derechos laborales y cívicos de América Latina, de la “socialdemocracia con economía abierta” (Roxborough, 1992; Castañeda, 1992). Los sociólogos especializados en temas de desigualdad demandan, para América Latina, “un camino digno hacia la globalización”, enriquecido con equidad, sustentabilidad, y capital social (Korzeniewicz y Smith, 2000). La región presenta casos sorprendentes: Costa Rica, por ejemplo, ha logrado ocupar nichos eficaces en áreas ambientales y de alta tecnología dentro del nuevo orden global; hay quienes llaman la atención sobre los recientes éxitos de Chile merced a la combinación entre el dinamismo de sus exportaciones y la eficacia de sus pro-

gramas sociales. En México, durante la transición hacia la democracia, un presidente cercano al mundo de los negocios impulsa a microempresarios con el apoyo de organizaciones no gubernamentales como una salida novedosa de las persistentes desigualdades del país. El experimento socialdemócrata del brasileño Lula ha colocado abiertamente la desigualdad dentro de la esfera política, mientras que en Venezuela la política de la desigualdad muestra un rostro diferente. No es posible abordar las desigualdades en las Américas sólo desde el sombrío punto de vista de las tenaces realidades sociales, al estilo de la *fracasomanía* (el atinado lamento expresado por Albert O. Hirschman [1972] respecto del fatalismo de las políticas latinoamericanas). También debemos buscar y adoptar novedosas ideas, posibilidades, u *opciones utopísticas* (Wallerstein, 1998) de esperanza y cambio.



La transformación de los paradigmas académicos

Mucho se ha dicho y escrito acerca de la desigualdad en el contexto latinoamericano. Aunque rara vez de manera explícita, bien podría constituir el *leit-motif* que predomina en la región desde 1492. Todos los trabajos sobre el tema, inclusive los citados anteriormente, han omitido aspectos importantes: la desigualdad durante prolongadas transiciones históricas, las bases no materiales de la desigualdad, y la persistencia de mentalidades y culturas políticas de la desigualdad.

Entre las diversas disciplinas de las ciencias sociales, los economistas y los politólogos son los más conservadores desde el punto de vista metodológico, y ambos campos se destacan en la realización de estudios explícitos sobre la desigualdad. A mediados del siglo pasado, el debate acerca de *la curva de Kuznets* dominaba el discurso económico. Se trata del concepto según el cual los países desarrollados se enfrentaban a un *canje* necesario entre acumulación/crecimiento y distribución. La lección –bien aceptada en América Latina– respecto de las políticas a seguir enseñaba que los países debían precipitarse a un rápido crecimiento a gran escala e inmediatamente después preocuparse por la equidad. En esta época de neoliberalismo tardío surge la visión opuesta. Resulta interesante que, en nuestros días, la inversión en capital humano y social, o en instituciones democráticas, o en microempresas, sea percibida como un estímulo para el crecimiento económico. En parte, el hecho evidencia que la investigación ha progresado, puesto que jamás antes se habían descubierto correlaciones entre el crecimiento y la desigualdad. También refleja el ejemplo del Asia Oriental, una región cuyas sociedades de posguerra más igualitarias, gracias a la reforma distributiva, lograron superar por mucho a América Latina, por lo menos hasta la crisis de los años noventa (Haggard, 1990). Es probable que estudios futuros encuentren que la distribución es más bien neutral respecto de las perspectivas de crecimiento, excepto en tanto afecta, de manera indirecta, la estabilidad política, la sustentabilidad del desarrollo y la eficacia del Estado. Entre los economistas, existe un pequeño grupo de latinoamericanistas que siempre valoró las cuestiones relativas a la equidad. Los desarrollistas como Rosemary Thorp, cuya reciente historia económica de América Latina (Thorp, 1998) hace hincapié en la *calidad* del crecimiento *y* de la exclusión, se inspiran en la tradición estructuralista latinoamericana de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL). En un clásico y provocador ensayo, Albert O. Hirschman transfirió el

dilema a la cuestión de las subjetividades. ¿Bajo qué condiciones resulta tolerable una distribución cada vez más injusta? ¿Hay que tener en cuenta las aspiraciones en las ecuaciones económicas? (Hirschman, 1973). Las ciencias económicas actuales rebosan de nuevas corrientes de pensamiento. El Premio Nobel Amartya Sen repiensa el *desarrollo* como maneras de realzar cualitativamente las libertades humanas (Sen, 1999); ciertos economistas del Banco Mundial, ya retirados, lanzan agudas críticas a la desigualdad como producto de la globalización (Stiglitz, 2002); los organismos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) utilizan oficialmente criterios diversificados de *desarrollo humano*.

Hace tiempo que los politólogos latinoamericanos vienen ocupándose del funcionamiento o la estabilidad de sistemas políticos constreñidos por la desigualdad. En estos estudios, uno de los conceptos esenciales alude al *clientelismo* o *populismo*; es decir, a la movilización vertical, sea urbana o rural, que no representa una amenaza para el *statu quo*. Otros han dirigido su atención hacia el rol de los difusos *sectores medios* latinoamericanos en los regímenes políticos, evitando el problema clave de los extremos (Johnson, 1958). Durante los años setenta, la escuela latinoamericana del autoritarismo burocrático, liderada por Guillermo O'Donnell, planteó una relación necesaria y generalizada entre la distribución regresiva, la industrialización, y la represión militar sistemática propia de la época. Un acalorado debate impugnó gran parte de esta teoría, incluyendo su pretendido determinismo económico (Collier, 1979). Hacia los años noventa, junto con el regreso de democracias inestables y restringidas a la región, algunos académicos comenzaron a ocuparse, en el momento oportuno, de cómo consolidar la *democratización* o gobernabilidad en situaciones de profunda desigualdad (Tulchin, 2001). Otros observan movimientos que se oponen a regímenes de desigualdad (Rubin, 1997), inclusive entre los sectores llamados *marginales* e *informales*, o nuevos sucesos simbólicos o espontáneos, tales como los *disturbios* populares ligados a la subsistencia.

En cierto modo, la preocupación fructífera de los sociólogos acerca de las desigualdades se debe a que su tarea consiste en medir y teorizar la desigualdad en múltiples niveles sociales, abarcando lo individual, lo comunitario, lo nacional, y lo internacional (van den Berghe y Primov, 1977). La sociología también está abierta a la hermenéutica; es decir, al procedimiento con que las personas interpretan las dificultades de su propia condición social, operando sobre ellas de manera colectiva, o el modo en el cual se construye, se actúa y se representa la identidad subjetiva de clase,

de género, o de raza. Así, entonces, la vasta literatura latinoamericana de los *movimientos sociales* se caracteriza por un sesgo principalmente sociológico o etnográfico (Edelman, 1999; Auyero, 2001). No hace mucho, los sociólogos adoptaron las poderosas herramientas teóricas de Foucault y Bourdieu. Las del primero son útiles para aprehender los invisibles hilos del poder cotidiano, mientras que las de Bourdieu hacen lo propio respecto de la gama de posibles desigualdades de distribución. El aporte más significativo del segundo consiste en la aceleración del pasaje desde definiciones estrictamente materiales de la desigualdad del poder hacia otro tipo de distribución y de lucha por lo *social*, lo *cultural* o el *capital político*. Además de este giro sociocultural, los sociólogos de América Latina reflexionan acerca de las razones por las cuales las “grandes teorías” de la sociedad occidental no resultan apropiadas, o bien, bajo circunstancias históricas de aguda desigualdad, carecen de sentido (véase en especial Centeno y López-Alves, 2001).

Ya hemos mencionado *Durable Inequalities* de Charles Tilly (1998), obra que, hasta cierto punto, inspira e instruye el presente ensayo. El modelo generalista de Tilly habla de desigualdades categoriales, aquellas que crean, subordinan y sustentan tipos ordenados de seres humanos más allá de sus identidades transitorias y que, quizá, subyacen las preocupaciones académicas de nuestros días acerca de la trinidad raza-género-etnia. Tilly sostiene la existencia de cuatro mecanismos sociales básicos que consolidan y extienden las desigualdades: el *acaparamiento de oportunidades*, la *explotación*, la *emulación* y la *adaptación*. Al igual que Bourdieu, es un militante de lo relacional: es imposible que una desigualdad exista si carece de fuertes vínculos operativos con otras. De esta guisa, la obra de Tilly cuestiona la métrica tradicional de la *movilidad social*, núcleo empírico de los estudios sobre desigualdad, con todo el individualismo metodológico que conllevan. Sin embargo, de entre todo el *corpus* de pensamiento social producido por Tilly, su trabajo sobre las desigualdades es el que cuenta con menor fundamentación histórica. Sus categorías esenciales, en sí mismas, requieren de una mayor interrogación histórica y cultural, la cual puede perfectamente realizarse en el contexto latinoamericano de una desigualdad extrema y duradera.

Se necesitaría de un ensayo entero para hacer un recuento de la manera en la cual los historiadores –mi vocación– ubicaron la desigualdad dentro de la historia de América Latina. Se trata de una temática no explicitada que subyace prácticamente a toda la obra producida por la Historia. Los estados precolombinos avanzados, como los aztecas y los incas, poseían una

organización jerárquica y, no obstante, desarrollaron ideologías distintivas a fin de enmascarar dicha característica (Katz, 1972). En las principales colonias españolas, la Conquista se construyó sobre los cimientos de las estructuras de subordinación y dominación que ya estaban en marcha. Los europeos también importaron a sus dominios originales diferencias feudales y de casta, definiendo la inferioridad natural de los esclavos indígenas o africanos.

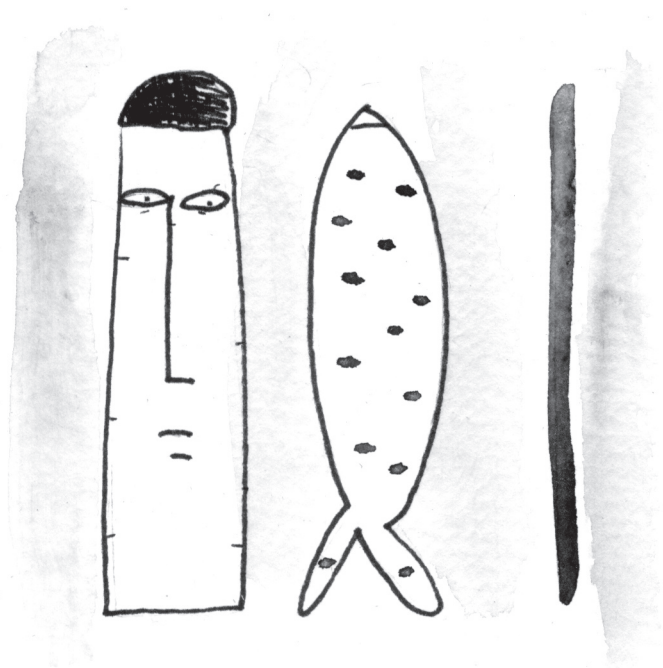
Dentro de la historiografía colonial, la concentración de tierras y de mano de obra constituye un motivo crucial recurrente, como corresponde a una sociedad rural cuyas desigualdades superaban a las de la mismísima Europa (Gibson, 1964). Los proyectos religiosos del catolicismo y la cultura barroca cosificaron las jerarquías coloniales. La abundante historiografía del siglo XIX sigue el hilo de la suerte que corrieron dichas distancias sociales bajo el dominio de los nuevos grupos de poder, de los estados-naciones, y del capitalismo exportador. Los historiadores sociales investigaron una hipótesis clave, la cual sostiene que, en América Latina, las fuerzas del mercado y el liberalismo, lejos de atenuar la desigualdad, fueron instrumentos primarios para reforzarla. Tanto los recursos cuanto la influencia se acumularon en manos de los ricos y de los europeizados, quienes monopolizaron todos los derechos ciudadanos, excluyendo a los actores subalternos o alternativos (Burns, 1993; Tutino, 1986; Mallon, 1995).

Las doctrinas positivistas y racistas del “progreso” prepararon el terreno para la oligarquía. Los estudios recientes sobre el siglo XX han ampliado la investigación acerca de clase, género y raza dentro de la construcción de fuertes hegemonías nacionales. Los historiadores también se dedican activamente a explorar el modo en el cual los proyectos “modernistas” (incluyendo las revoluciones nacionales y sociales) engendraron nuevas inclusiones y exclusiones, a menudo basadas en la reconfiguración de categorías ya existentes (Ferrer, 1999; Joseph y Nugent, 1994); otros rastrean los caminos por los cuales las desigualdades nacionales y raciales llegan a ser incluidas en un “mapeo” espacial dentro de la historia de cada nación (Appelbaum, 2003). Dentro de un eclecticismo metodológico, por naturaleza, los historiadores privilegian el largo plazo y, con frecuencia, la *continuidad*; sin embargo, a menudo carecen de las herramientas teóricas que les permitirían lidiar con problemas de tan largo alcance en el ámbito de América Latina (Edelman, 1999; Stein y Stein, 1970). Hay aquí mucho que aprender del análisis sociológico o cultural sostenido en el tiempo.

Resulta interesante que los historiadores económicos de América Latina –una especialidad en retroceso

en nuestros días— no atiendan con suficiencia las cuestiones tocantes a la igualdad (Gootenberg, 2004). La mayoría supone que los factores neoclásicos legados por la época de la Conquista (explotación extendida de la tierra, empleo coercitivo de la mano de obra) son las causas subyacentes a la mayor parte de las desigualdades que se han prolongado en el tiempo. Dicha perspectiva no se perjudicaría si recurriera a una sociología del poder con rasgos más dinámicos. Los nuevos institucionalistas comienzan a sugerir que, en América Latina, la imperfección de las leyes e instituciones económicas (por ejemplo: los mercados crediticios) ha distorsionado las estructuras de oportunidad a lo largo del siglo XIX, reforzando los monopolios y privilegios de clase o, bien, que la histórica discriminación de castas constituía en sí misma un obstáculo para el dinamismo del mercado (Glade, 1969; Haber, 2003). Los estructuralistas latinoamericanos comprendidos entre los cincuenta y los setenta —nos referimos a historiadores económicos como el brasileño Celso Furtado— se mostraron francamente preocupados por la distribución injusta. La veían como un claro *obstáculo* a la industrialización, de la cual se esperaba trajera consigo mayor igualdad.

Los estructuralistas caracterizaron a la región como *estructuralmente heterogénea* —es decir, con desigualdades que impedían la integración y expansión de los mercados—, un concepto económico semejante a un concepto cultural posterior, conocido bajo el nombre de *culturas híbridas*. Los estructuralistas también compartieron los modelos de *economía dual* de Lewis, utilizados por economistas de la posguerra, enrolados en la corriente del desarrollismo. Según estos modelos, las estructuras agrarias del Tercer Mundo contaban con fuentes de mano de obra “tradicional” cuyo nivel de productividad era muy bajo, pero que podía ser transformado en emplazamientos urbanos más “modernos”, o bien resuelto mediante la reforma agraria (Furtado, 1970; Griffin, 1969). Sin embargo, a partir de 1960, las experiencias económicas de la región no se ajustan a modelos de economía dual, a la industrialización exenta de costo social, ni a una mejor distribución mediante políticas migratorias —teniendo en cuenta el sesgo que la sustitución de importaciones imprime a la agricultura, y el éxodo masivo del campo hacia áreas urbanas, en busca de empleo, donde no han encontrado más que ocupaciones de baja productividad dentro del sector informal—. Las mejoras distributivas de la reforma agraria, ahí donde se intentaron, resultaron efímeras. Para decirlo de una vez, los proyectos de “modernización” (así como las múltiples crisis que sufrieron a partir de 1980) aliviaron poco las desigualdades



históricas, excepto en áreas especiales como la salud pública (duración media de la vida), o educación y género (donde la brecha se ha reducido en los países latinoamericanos). Por último, se ha apelado elocuentemente a la historia económica durante los debates de los setenta referidos a la “dependencia” y modos de producción neomarxista. En su libro *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, André Gunder Frank (1967) ataca el dogma liberal del dualismo social —y las suposiciones históricas que lo sustentan—. En tal sentido, existiría un *feudalismo latinoamericano*; es decir, el estado de atraso y las desigualdades de América Latina serían retrógrados desde el punto de vista histórico. En cambio, los dependentistas implicaban la modernización y la integración al argumentar que América Latina fue plenamente capitalista desde que se incorporó a la economía mundial en el siglo XVI. Gran parte del debate histórico y de la investigación sobre la dependencia precipitaron la preocupación sobre las disparidades en el eje norte-sur, pero, en algunos casos, se complicó la forma en que se precisaron las relaciones sociales agrarias “internas” a ambos lados del debate capitalista *versus* feudal (Gunder Frank, 1967; Love, 1996; Duncan y Routledge, 1977).

Los antropólogos se dedicaban a cuestiones similares; muchos de ellos permanecieron en actividad durante largo tiempo, realizando trabajo de campo y poniendo al descubierto la microdinámica de las relaciones desiguales en América Latina (Lewis, 1961; Murphy y Stepick, 1991). Mediante un trabajo ingenioso, histórico, e interdisciplinario, hace ya mucho que los antropólogos han superado las posturas binarias

del pasado: la *cultura de la pobreza* y la *folclórica-moderna*, culturalmente semejantes a la hipótesis de la economía dual, que alguna vez se utilizaron para explicar o justificar las crecientes desigualdades en las naciones que atravesaban procesos de modernización. Hacia los años setenta, los antropólogos se hicieron eco de la preocupación de la sociología latinoamericana respecto de las relaciones macrosociales, tales como la hipótesis del *colonialismo interno* inspirado en la dependencia, utilizada para ilustrar el modo en el cual las *minorías* (por ejemplo los campesinos indígenas) eran ampliamente explotados por los estados-nación. Es notable que, en esta era de sólido análisis de clases, se haya minimizado la importancia de la etnicidad *per se*. Dos ejemplos recientes, tomados de la antropología histórica, demuestran el elocuente regreso de la raza y la etnicidad como elementos necesarios para el estudio de la desigualdad: nos referimos a *Indigenous Mestizos* de Marisol de la Cadena (1999), y *Vision, Race, and Modernity*, de Deborah Poole (1997). Ambas obras indagan cómo, a la larga, las categorías raciales y culturales se entretajan con el correr del tiempo. Una ve las *diferencias culturales*, y otra la representación visual, como conceptos netamente modernos para la construcción de cambiantes pirámides de discriminación en la región andina. Para estas antropólogas, la desigualdad y la dominación sirven a modo de barómetros en los estudios de las diferencias culturales. De manera similar, Claudio Lomnitz cuestiona la reciente manía que se ha apoderado de los académicos por las *comunidades imaginadas*—del antropólogo Benedict Anderson—dentro de la historia latinoamericana: en este contexto, tanto la nación real como la nación imaginaria han quedado definidas por conexiones verticales y dependientes antes que por vínculos de igualdad fraternal (Lomnitz, 2001a y 2001b; Anderson, 1983).

En el transcurso de los últimos años hemos presenciado una verdadera explosión de novedosos planteamientos literarios, culturales y humanísticos de la cuestión latinoamericana. La ética de la desigualdad en las prácticas culturales se ha convertido en una cuestión al rojo vivo. Estos nuevos estudios culturales sensibles al tema del poder convergen, entonces, con las ciencias sociales, ahora inmersas en la interpretación. Los especialistas en literatura rastrean los modos en los cuales los cambiantes cánones literarios dividen las naciones y la gestión cultural según el género, la región y la raza (Sommer, 1991; Shumway, 1994). Los sujetos silenciados se escuchan a través de voces testimoniales y etnográficas; otros teóricos de la literatura investigan cómo la política y la exclusión social construyen el consumo de cultura, así como las maneras en las que identidades y géneros artísticos

acatan o transgreden la hegemonía cultural. Los debates acerca del posmodernismo, poscolonialismo y la globalización atraviesan una lectura crítica a la luz de sociedades sumamente heterogéneas, que en apariencia existen en tiempos y espacios múltiples y divergentes. Las académicas feministas presentan el acertijo sobre la *mismidad-diferencia* en lo público y en lo privado (para un muestreo de la repentina popularidad de los estudios culturales latinoamericanos, véase *Nepantla*, 2000). En ricos ensayos sobre estudios culturales mexicanos (Bartra, 1987; Lomnitz, 2001a y 2001b), se ejemplifican nuevos enfoques críticos a las mitologías nacionales y a la permanencia de la identidad cultural a través de los cambios históricos. El paradigma dominante preferido por los latinoamericanistas contemporáneos, ya sea para valerse de él o para cuestionarlo, reside en el concepto de *hibridez* (García-Canclini, 1989; Dussel, 1998; Moreiras, 2001). El acento puesto sobre la idea de *diferencia* o *alteridad* contrasta con la del mestizaje (fusión de culturas) nacionalista oficial propio de los estados-nación de mediados del siglo xx, y también con las narrativas homogeneizantes del imperialismo cultural y de la globalización.

Estas nuevas y sutiles herramientas utilizadas en el análisis cultural son fundamentales para enriquecer los estudios sobre la desigualdad, de corte más estructural, ya esbozados. ¿De qué manera los fragmentos culturales híbridos resisten a, establecen conexiones con, o alimentan las relaciones de desigualdad? Por otra parte, la sensibilidad social explícita, proveniente de la historia o de la sociología, puede resultar útil para comprender el modo en que se construye y se hereda la hibridez basada en la identidad, bajo la forma de desigualdades categoriales que perduran a lo largo del tiempo: las *desigualdades persistentes* que bien pueden definir a las *Américas* como una entidad social y cultural.

Entonces, ¿qué hacer?

La desigualdad constituye un muy vasto campo dentro de la historia, la cultura y la sociedad latinoamericana, si bien rara vez ha sido objeto *explícito* de estudio, tal como lo demuestra el presente ensayo. En tanto investigadores, podemos trabajar para dar forma a un original discurso académico acerca de la desigualdad, el poder y la cultura en América Latina, alentando la creación de redes intelectuales que, desde la sociedad civil, se opongan a las múltiples, resistentes desigualdades de la región. Sin duda, existen enfoques que abordan la desigualdad de manera convencional, dedicados al mejoramiento de las políticas públicas (en relación

con la pobreza, la gobernabilidad o el apoyo para que los sumergidos obtengan los medios de trabajo para regresar a la superficie). Por desgracia, durante las últimas décadas, estos enfoques no han logrado ampliar su credibilidad intelectual ni han movilizado grandes grupos de manera efectiva, ni siquiera cuando han comprobado que las desigualdades no interrumpían su curva ascendente (tal vez el caso de Brasil constituya una excepción). Al calor de los paradigmas de las ciencias sociales, podemos recurrir a herramientas provenientes del campo de las disciplinas humanísticas, de la historia y de la cultura para expandir el análisis y la crítica de la desigualdad social. Un programa de planteamientos innovadores sobre las desigualdades persistentes sugiere preguntas de fondo *que expliciten y pongan en la mira las culturas y la producción de desigualdades en el largo plazo*. Permítaseme señalar ocho posibles áreas de interés:

- 1) *El largo plazo de la historia*. ¿Cómo y cuándo adquieren persistencia las categorías de desigualdad, ya sean flexibles, temporarias, o producto de la invención, y construidas sobre género, casta, clase, raza, o región? ¿De qué manera interactúan estas identidades o franjas para crear desigualdades persistentes o dobles?
- 2) *Hibridez y diferencia*. ¿Cómo es que la hibridez, la diversidad y la diferencia –términos culturales comunes a todas las Américas– terminan convirtiéndose en jerarquías de desigualdad? Y, a la inversa, ¿cuál es el efecto de las relaciones entre desigualdades sobre la diferencia? ¿Cuándo la hibridez es neutral y cuándo es igualadora? ¿Cuándo la *mismidad* enmascara una falta de equilibrio en pueblos y culturas?
- 3) *Transiciones y metamorfosis*. ¿Cómo sobreviven o cambian de forma las desigualdades en épocas de tensión o ruptura política y social (regímenes poscoloniales, revoluciones, nuevo orden mundial)? ¿Cuáles son, específicamente, sus mecanismos, procesos o culturas de continuidad?
- 4) *Gestión y resistencia*. ¿Cómo logran los sectores que gozan de privilegios de larga data proteger, justificar y camuflar los vínculos de desigualdad social, política y cultural? Y, a la inversa, ¿cómo y cuando los actores subalternos llegan a reconocer y a impugnar dichos vínculos y narrativas de desigualdad?
- 5) *Corrientes transnacionales de pueblos e ideas*. ¿Cómo se trasladan a través de las Américas los ideales universalizantes de igualdad o de jerarquía naturalizada? Los contactos históricos y las migraciones de los pueblos, en constante acele-

ración, ¿cómo refuerzan –o quizás disuelven– las desigualdades persistentes? En el eje norte-sur, ¿cómo se entrecruzan las disparidades del poder con las desigualdades locales ya enquistadas?

- 6) *La desigualdad como cultura*. ¿Cuál es la “ubicación” de la desigualdad en América Latina? ¿Qué es lo que la hace verse tan difusa, tan tenaz, tan resistente? ¿Qué conjunto o combinación de herramientas teóricas resulta más adecuado para analizarla? ¿De qué manera puede un saber cultural abstracto ayudar a actores y activistas?
- 7) *Igualdades cualitativas*. ¿De qué modo se relacionan los novedosos enfoques cualitativos de las ciencias sociales con las igualdades y con los nuevos movimientos de identidad y políticas de liberación surgidos en las Américas? ¿Cómo es posible que el énfasis cultural sobre las diferencias, sean de raza, género, credo o posición social, se transforme en un nuevo tipo de pensamiento acerca de la igualdad?
- 8) *Estrategias para una política frente a las desigualdades*. ¿Cómo puede la sociedad civil latinoamericana, desgarrada por desigualdades enraizadas en la diferencia, introducir una mayor igualdad en las agendas políticas? ¿Cómo pueden los movimientos que sostienen la igualdad relacionarse o establecer vínculos equitativos con las fuerzas globales (Organizaciones no Gubernamentales [ONG]; movimientos, instituciones)? ¿Qué pueden aprender los estadounidenses acerca de sus propias dificultades mirándose en la experiencia de las persistentes desigualdades que sufre América Latina?

Si los académicos e intelectuales del eje norte-sur emprendieran un diálogo sobre la desigualdad, probablemente éste no se reproduciría bajo la forma de un “conjunto de datos” ni de recomendaciones políticas, que ya abundan en propuestas gubernamentales y no gubernamentales (IDB, 1999; Chalmers *et al.*, 1997). Los académicos que se ocupan de la desigualdad en las Américas pueden cultivar una nueva sensibilidad, un nuevo sentido de la urgencia acerca del problema en el marco creciente de un diálogo y de una comunidad transnacional, más allá de los confines e intereses impuestos por las elites políticas y los equipos de expertos. Ello podría ejercer un efecto multiplicador sobre una serie de debates concurrentes y generalizados a lo largo y ancho de las Américas, sobre temáticas como la sociedad civil, la democratización, la ciudadanía, derechos e identidades. En los intelectuales en activo podría cultivarse un sentido más rico y agudo del lugar

que las desigualdades ocupan dentro de sus campos y disciplinas, al enmarcar el modo en el que se formulan las preguntas acerca de cuestiones sociales tan decisivas. Las desigualdades significan “volver a incorporar lo social”; la renovación de nuestro compromiso social para con nuestras comunidades académicas y nuestro propio empeño.

Bibliografía

- ADELMAN, JEREMY, COMP.
1999 *Colonial Legacies: The Problem of Persistence in Latin American History*, Routledge, Nueva York.
- ÁLVAREZ, SONIA Y ARTURO ESCOBAR, COMPS.
1992 *Making of Social Movements in Latin America*, Westview, Greenwood.
- ANDERSON, BENEDICT
1983 *Imagined Communities: Reflections on Origins and Spread of Nationalism*, Verso, Londres.
- APPADURAI, ARJUN
1996 *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- APPELBAUM, NANCY
2003 *Muddied Waters: Race, Region, and Local History in Colombia, 1846-1948*, Duke University Press, Durham.
- AUYERO, JAVIER
2001 *Poor Peoples Politics: Peronist Survival Networks and the Legacy of Evita*, Duke University Press, Durham.
- BARTRA, ROGER
1987 *La jaula de la melancolía: Identidad y metamorfosis del mexicano*, Grijalbo, México.
- BOURDIEU, PIERRE Y LOIC WACQUANT
1992 *An Invitation to Reflexive Sociology*, University of Chicago Press, Chicago.
- BRUBAKER, ROGERS, Y FREDRICK COOPER
2000 “Beyond Identity”, en *Theory and Society*, vol. 29, núm. 1.
- BURNS, E. BRADFORD
1993 *The Poverty of Progress: Latin America in the Nineteenth Century*, University of California Press, Berkeley.
- CADENA, MARISOL DE LA
1999 *Indigenous Mestizos: The Politics of Race and Culture in Peru*, Duke University Press, Durham.
- CASTAÑEDA, JORGE
1992 *Utopia Unarmed: The Latin American Left after the Cold War*, A. Knopf, Nueva York.
- CENTENO, MIGUEL, Y FERNANDO LÓPEZ-ALVES, EDS.
2001 *The Other Mirror: Grand Theory through the Lens of Latin America*, Princeton University Press, Princeton.
- CHALMERS, DOUGLAS, ET AL.
1997 *The New Politics of Inequality in Latin America: Rethinking Participation and Representation*, Oxford University Press, Nueva York.
- COLLIER, DAVID, ED.
1979 *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton.
- DOUGLAS, MARY, Y S. NEY
1998 *Missing Persons: A Critique of Personhood in the Social Sciences*, University of California Press/Russell Sage Foundation, Berkeley.
- DRACLAS NEWS
2000/01 “Health in the Americas”; “Food in the Americas”, en *DRACLAS NEWS*, Harvard University, Cambridge [otoño].
- DUNCAN, KENNETH, E IAN ROUTLEDGE, EDS.
1977 *Land and Labour in Latin America*, Cambridge University Press, Cambridge, UK.
- DUSSEL, ENRIQUE
1998 *Ética de la liberación en la edad de globalización y la exclusión*, Trotta, Madrid.
- ECKSTEIN, SUSAN
1977 *The Poverty of Revolution: The State and the Urban Poor in Mexico*, Princeton University Press, Princeton.
- EDELMAN, MARC
1999 *Peasants against Globalization: Rural Movements in Costa Rica*, Stanford University Press, Stanford.
- ESCOBAR, ARTURO
1995 *Encounter Development: The Making and Unmaking of the Third World*, Princeton University Press, Princeton.
- FERRER, ADA
1999 *Insurgent Cuba: Race, Nation and Revolution, 1868-1898*, University of North Carolina Press, Chapel Hill.
- FURTADO, CELSO
1970 *Economic Development of Latin America: A Survey from Colonial Times to the Cuban Revolution*, Cambridge University Press, Cambridge, UK.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR
1989 *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*, Grijalbo, México.
- GIBSON, CHARLES
1964 *The Aztecs under Spanish Rule*, Stanford University Press, Stanford.
- GLADE, WILLIAM
1969 *The Latin American Economies: A Study of Their Institutional Evolution*, Van Norstrand, Nueva York.
- GOOTENBERG, PAUL
2004 “Between a Rock and a Softer Place: Reflections on Some Recent Economic History of Latin America”, en *Latin American Research Review*, vol. 39, núm. 2.
- GRIFFIN, KEITH
1969 *Underdevelopment in Spanish America*, Allen y Unwin, Londres.
- GUNDER FRANK, ANDRÉ
1967 *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Monthly Review Press, Nueva York.
- HABER, STEPHEN
2003 “The New Institutional Economics and Latin American History”, introducción, en J. Bortz y S. Haber, *The Mexican Economy, 1870-1930*, Stanford University Press, Stanford.
- HAGGARD, STEPHEN
1990 *Pathways from the Periphery: The Politics of Growth in the Newly Industrializing Countries*, Cornell University Press, Ithaca.
- HARVEY, DAVID
1989 *The Condition of Postmodernity*, B. Blackwell, Oxford.
- HIRSCHMAN, ALBERTO O.
1972 “Problem-Solving and Policy-Making: A Latin American Style?”, en *Journeys Towards Progress*, W.W. Norton, Nueva York.
- 1973 “The changing tolerance for income inequality in the course of economic development”, en

- Essay in Trespassing: Economic to Politics and Beyond*, Cambridge University Press, Nueva York.
- 1979 "The Turn to Authoritarianism in Latin America and the Search for its Economic Determinants", en David Collier, comp. *The New Authoritarianism in Latin America*, Princeton University Press, Princeton.
- 1981 "The Tolerance for Inequality in the Course of Economic Growth", en *Essays in Trespassing*, Cambridge University Press, Cambridge UK.
- IGLESIAS, ENRIQUE
1992 *Reflections on Economic Development*, Johns Hopkins University Press, Baltimore.
- INTER-AMERICAN DEVELOPMENT BANK (IDB)
1999 *Facing Up to Inequality in Latin America (1998-99 Report)*, IDB, Washington D.C.
- JACOBS, JANE
2000 *The Nature of Economics*, Modern Library, Nueva York.
- JAMESON, FREDERIC
1991 *Postmodernism or the Cultural Logic of Late Capitalism*, Verso, Londres.
- JOHNSON, JOHN J.
1958 *Political Change in Latin America: Emergence of Middle Sectors*, Stanford University Press, Stanford.
- JOSEPH, GIL, Y DANIEL NUGENT
1994 *Everyday Forms of State Formation: Revolution and the Negotiation of Rule in Mexico*, Duke University Press, Durham, NC.
- KATZ, FRIEDRICH
1972 *The Ancient American Empires*, W.W. Norton, Nueva York.
- KORZENIEWITZ, ROBERTO, Y WILLIAM SMITH
2000 "Poverty, Inequality and Growth in Latin America: Searching for the High Road to Globalization", en *Latin American Research Review*, vol. 35, núm. 3.
- LEWIS, OSCAR
1961 *The Children of Sanchez*, Vintage Books, Nueva York.
- LOMNITZ, CLAUDIO
2001a "Nationalism as a Practical System", Miguel Centeno y Fernando López-Alves, comps., *The Other Mirror: Grand Theory through the Lens of Latin America*, Princeton University Press, Princeton.
2001b *Deep Mexico, Silent Mexico: An Anthropology of Nationalism*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- LOVE, JOSEPH
1996 *Crafting the Third World: Theorizing Underdevelopment in Roumania and Brazil*, Stanford University Press, Stanford.
- MALLON, FLORENCIA
1995 *Peasant and Nation: Making of Postcolonial Mexico and Peru*, University of California Press, Berkeley.
- MOREIRAS, ALBERTO
2001 *The Exhaustion of Difference: The Politics of Latin American Cultural Studies*, Duke University Press, Durham.
- MURPHY, A. Y A. STEPICK
1991 *Social Inequality in Oaxaca: Resistance and Change*, Temple University Press, Philadelphia.
- NEPANTLA: VIEWS FROM THE SOUTH
2000 *Nepantla: Views from the South*, vol. 1, núm. 1 [Duke University Press].
- POOLE, DEBORAH
1997 *Vision, Race and Modernity: A Visual Economy of the Andes*, Princeton University Press, Princeton.
- ROXBOROUGH, IAN
1992 "Neo-Liberalism: Limits and Alternatives", en *Third-World Quarterly*.
- RUBIN, JEFFREY
1997 *De-Centering the Regime: Ethnicity, Radicalism and Democracy in Juchitán, Mexico*, Duke University Press, Durham.
- SASSEN, SASKIA
1991 *Global Cities: New York, London, Tokyo*, Princeton University Press, Princeton.
- SEN, AMAYRTA
1999 *Development and Freedom*, A. Knopf, Nueva York.
- SHUMWAY, NICHOLAS
1994 *The Invention of Argentina*, University of California Press, Berkeley.
- SOMMER, DORIS
1991 *Fictional Foundations: National Romances of Latin America*, University of California Press, Berkeley.
- STEIN, STANLEY Y BARBARA STEIN
1970 *The Colonial Heritage of Latin America*, Oxford University Press, Nueva York.
- STIGLITZ, JOSEPH E.
2002 *Globalization and its Discontents*, W.W. Norton, Nueva York.
- STILLE, ALEXANDER
2001 "Grounded by an Income Gap", en *New York Times*, 15 de diciembre, A-17.
- THORP, ROSEMARY
1998 *Progress, Poverty and Exclusion: An Economic History of Latin America*, Inter-American Development Bank, Washington D.C.
- THURNER, MARK
1997 *From Two Republics to One Divided: Contradictions of Postcolonial State-making in Andean Peru*, Duke University Press, Durham.
- TILLY, CHARLES
1998 *Durable Inequalities*, University of California Press, Berkeley.
- TOKMAN, VÍCTOR, Y GUILLERMO O'DONNELL, COMPS.
1998 *Poverty and Inequality in Latin America: Issues and New Challenges*, University of Notre Dame Press, South Bend.
- TULCHIN, JOSEPH, COMP.
2001 *Democratic Governance and Social Inequality in Latin America*, Lynn Rienner, Boulder.
- TUTINO, JOHN
1986 *From Insurrection to Revolution in Mexico, 1750-1940*, Princeton University Press, Princeton.
- VAN DEN BERGHE, PIERRE, Y GEORGE PRIMOV
1977 *Inequality in the Peruvian Andes: Class and Ethnicity in Cuzco*, University of Missouri Press, Columbia.
- WALLERSTEIN, IMMANUEL
1998 *Utopistics: or Historical Choices for the Twenty-First Century*, The New Press, Nueva York.
- WOLF, ERIC R.
1999 *Envisioning Power: Ideologies of Dominance and Crisis*, University of California Press, Berkeley.
- WOLFF, EDWIN N.
1995/2001 *Top Heavy: A Study of Increasing Inequality of Wealth in America*, Twentieth Century Fund, Nueva York.